

“Pero ¡oh! ¡cuán breve dicha! En un momento
Todo desapareció, sombra ligera,
Tenue vapor, relámpago violento:
¡Nada al hombre quedó de lo que fuera!
Es un lánguido espectro macilento;
Es un cádaver que la tumba espera;
Es de la gran reprobación el hijo,
A quien su mismo Padre ya maldijo.

“Ahí le veis ¡cuán triste es su existencia!
Como reptil se arrastra por el suelo,
Y el mismo afán acrece su impotencia;
Él más y más fatigase en su anhelo;
Siente una sed mortal de amor y ciencia:
Pero no alza jamás su vista al cielo,
Cual ave informe de la noche oscura;
De su Dios el recuerdo lo tortura.

“Le rompe las entrañas su pecado,
Y como cruel tirano que lo oprime,
Le hace ver á su Dios que, siempre airado,
Ardiente espada vengador esgrime;
Y ante esa vista el hombre acobardado
Tanto se turba, se entristece y gime
Que de El huye muy lejos y se ausenta,
Y de su mente hasta el recuerdo ahuyenta.

“¡Mirad al rey de la creación! De hinojos
Cayó á los pies de un simulacro vano;
En él fijó con lágrimas sus ojos,
Y suplicante le tendió su mano;
Y desde entónces, todos sus antojos
Se trocaron en númen soberano,
Todo ensueño y quimera, finalmente,
Rindió del hombre el corazón, la mente.

“¡Oh humana dignidad! ¡cuán degradada!
La misma carne corrompida, inmunda
Es ya por el mortal divinizada;
El ya le rinde adoración profunda,
Y ante ese ídolo torpe se anonada:
Y tanto en sus caprichos lo secunda,
Que el vicio ocupa un alto magisterio,
Y es mancha la virtud, es vituperio.

“Reina doquier por la anchurosa tierra
Profunda lobreguéz, tiniebla oscura;
Y el pérfido Satán, que siempre en guerra
Con el sol vive, y odia su luz pura;
Entre esas sombras á su presa aferra,
Y la garra le clava, y la asegura;
En sus ayes se huelga y sus espasmos,
Y la colma de mofas y sarcasmos.

“Él mismo ha ya ocupado los altares,
Donde, exigiendo un culto sanguinario,
Votos recibe, ofrendas á millares,
Y perfumes le brinda el incensario;
El domina en las tierras y los mares,
Ya es el hombre su esclavo voluntario,
Y, llegando al extremo de su ruina,
Tan noble ser ante Satán se inclina.

“Y el insaciable tigre en recompensa,
Se jacta en derramar, como un torrente,
La sangre de esa estirpe sin defensa,
Y devorarle el corazón caliente,
Sin que pueda saciar su rabia inmensa;
Y herida, destrozada tan cruelmente,
Por fin la arrastra hacia el profundo Averno
Al hondo abismo del horror eterno.

“¡Qué triste condición! ¡qué desventura!
¡Oh miserable ser degenerado!
¿Y es este el hombre, singular criatura,
Por nuestras manos con primor forjado,
Espléndido destello, imágen pura
De nuestro mismo ser, que en él grabado
Estampó su sigilo incancelable,
Y una noble divisa inimitable?

“¿Es este el rey para quien ser debía
Escala breve el universo entero
Que á su trono eternal lo elevaría
Como hijo fiel, legítimo heredero
A quien yo mismo preparado había
Su palacio real, con grande esmero,
De inmenso bienestar para llenarle
Y de mis goces mismos embriagarle?

“Mas ¿acaso esa estirpe moribunda
Jamás ha de enjugar el largo llanto
Con que ese valle de destierro inunda,
Y en medio de su angustia y su quebranto
Exhalará querella tan profunda,
El eco de un dolor, sensible tanto,
Sin hallar quien mitigue su amargura,
Y nunca le haga oír voz de dulzura?

“¿Su indómito adversario infatigable
Se jactará por siempre alevemente
De insultar á su presa miserable,
Hollándola feróz, impunemente,
Sin que nadie barrera insuperable
Ose oponer á un monstruo tan potente,
Ni quebrantar su saña indefinida,
Ni las fauces obstruir de ese homicida?

“¡Tiemble ya el homicida! yo he jurado
Por mi cetro real, por mi gran nombre,
Confundir al vestiglo entronizado,
Y restituir á su grandeza el hombre:
Tan noblemente éste será vengado,
Que de sí mismo el déspota se asombre
Al ver trocarse en luto sus victorias,
Y en eterno baldón todas sus glorias.

“El llanto de la humana descendencia,
Sus gemidos, sus ayes han subido
Hasta mi trono, haciéndome violencia;
Su humilde postración ya me ha vencido;
Hoy reconoce su letal dolencia
El mísero mortal, está rendido
Su antiguo orgullo, ya abatió su frente,
Y clama á su Creador en voz doliente.

“Quebrantaré yo mismo sus prisiones,
Y en mil astillas romperé ese yugo
Que han cargado ya mil generaciones;
Yo arrojaré á la faz del cruel verdugo
Los férreos ponderosos eslabones
De esas cadenas que fraguar le plugo;
Arrancaré al tirano sus trofeos,
Reyes serán los que azotó cual reos.

“Pero ¡ah! ¿cómo salvar la estirpe humana,
Al ser mezquino, al átomo de un día
Que ultrajó mi diadema soberana,
Que contra mí, con pérfida osadía,
De su existencia en la primer mañana,
El grito levantó de rebeldía?
Llegó ese grito á mi encumbrado trono,
Armó mi brazo, provocó mi encono.

“¡Suena aún esa voz en mis oídos!
Mi augusta Majestad clama venganza,
Claman mis atributos deprimidos
En la que el hombre holló plácida alianza:
¿Serán aún mis rayos reprimidos?
¿Dormirá desarmada mi venganza?
¿Impune ha de quedar el temerario?
¿Que el reo se castigue es necesario!

“Sí, ¡castíguese al reo! sobre su frente
Caiga de maldición el anatema:
Mas triunfe sobre el mismo delincuente
Mi omnipotencia, mi bondad Suprema.
Ese castigo atroz, enorme, ingente,
Será del hombre la salud extrema;
Será el mismo apogeo de mi indulgencia,
La mayor expansión de mi clemencia.

“El hombre vivirá.... Pero inmólada
Será de mi deidad en los altares
Una víctima santa, inmaculada,
Más grande que las tierras y los mares,
Más que el empíreo altísimo encumbrada:
Esta, dejando los eternos lares,
Los fúlgidos palacios soberanos,
A confundirse irá con los humanos.

“Tomará una inferior naturaleza
Para esconder en ella sus fulgores,
Del trono bajará de su grandeza
A rendirme humillada los honores
Que el hombre defraudara á mi grandeza
Y el rayo interceptar de mis furores.
Sí: vuestro Dios, el mismo Omnipotente
Ha de ser esa víctima inocente.”

Calló el Supremo Padre; retemblaron
Del Olimpo las cúspides erguidas,
Y sus fuertes columnas se cimbraron;
Por un santo pavor sobrecogidas,
Las escuadras alígeras cruzaron
Sobre el rostro las alas encendidas;
Pasmáronse los altos querubines,
Se enrojecieron más los serafines.

¡Genios del alto empíreo, inmateriales
Fúlgidas Mentes que bebéis la ciencia
En los mismos eternos manantiales,
Y os engolfáis en la divina Esencia!
A mi labio acercad esos raudales;
Dadme aliento vital en mi impotencia:
Pues la voz ya en mi pecho languidece,
Y el vigor de mi mente desfallece.

Ya en este grande drama que medito
Traspasé con mi vuelo las esferas,
Y a me encuentro en lo inmenso, en lo infinito,
Sin relación, ni espacio, ni barreras;
La eternidad me atruena con su grito,
El vértigo me envuelve, esas lumbreras
Mi vista embotan: pero amor me empuja,
Aunque mi lira triturada cruja.

Del Padre aún la voz repercutía,
Cuando su augusto Verbo, el Engendrado
De su gran mente en el eterno día,
Por quien del cáos surgió todo lo creado,
De vida rebosando y alegría;
Se hubo de su alto trono levantado,
Y así con dulce acento y gran medida
Habló al Sumo Monarca de la altura:

“Padre, Padre amantísimo, que viste
Condolido, del hombre los dolores,
Y una divina víctima escogiste
Quien te vuelva humillada los honores
Que el hombre te usurpó, y ahora triste
Lleva doquier tus dardos vengadores;
Dígnate que la causa yo reciba
Del ser humano, y para siempre él viva.

“Dígnate descargar en mi cabeza
Del antiguo delito el peso enorme;
Y que yo mismo rinda á tu grandeza
Una expiación á esa maldad conforme,
Y se eleve á su prístina nobleza
La real estirpe, y toda se transforme:
Cayó, sí, moribunda, agonizante,
Pero en los brazos de su Padre amante.

“Cuando al mundo de su eje suspendías,
Y á tu voz las esferas se ensanchaban,
Cuando astros á millares encendías
Que la celeste bóveda esmaltaban,
Cuando al piélagos hirviente reprimías,
Y en arenas sus iras se estrellaban,
Cuando, en fin, palpitando placentera
Se levantaba la creación entera:

“Yo de todo lo creado acá en mi mente
Había forjado el idéal grandioso;
Yo fuí el Artista de esa obra ingente,
De ese inmenso edificio tan hermoso
Que levantó tu brazo omnipotente.
Mas todo ese conjunto armonioso,
Con toda su belleza peregrina,
Hoy yace envuelto en la más grande ruina.

“Cayó el hombre en quien toda la natura
Grabara un noble, rutilante lema,
En él reconcentrando su hermosura;
Y en su fatal caída, en su anatema
Precipitó la mundanal creatura,
Y la hundió en ruina y abyección extrema:
A mí, por tanto, el reparar incumbe
De la creación el mísero derrumbe.

“Es el hombre una imágen, un reflejo,
Un lampo de la Increada Inteligencia,
Yo proyecté mi luz en ese espejo,
Los nítidos destellos de mi ciencia:
Mas ya no es esa imágen ni un bosquejo
De su antigua belleza y transparencia;
Informe, obscura toda, envilecida,
Hoy la miro á una sombra reducida.

“A mí atañe, por tanto, sus fulgores,
Su prístina nobleza restituirle,
Y, todos reanimando sus colores,
De nueva vida y de vigor henchirle:
Quiero de ricas galas y primores
Con tan raro artificio revestirle,
Que hermosa, como nunca, resplandezca,
Y aun su antiguo linaje se oscurezca.

“Tú, oh Padre, en tu clemencia te has mo-
(vido

A extraer del abismo á los mortales,
Y, (tu grandioso plan ya reasumido)
Abrir del Sumo Bien los manantiales
Al hombre, á quien estaba prometido
Un torrente de goces eternos
Que su espíritu férvido inundara,
Y en la divina Esencia lo engolfara.

“Yo, tu mismo Unigénito, tu Increada
Inteligencia, tu fecunda. Mente
Tomaré esta misión; yo á la desviada
Humanidad mi luz indeficiente
Mandaré, y de la patria bienhadada
La pondré en posesión eternamente;
Y haré que el adoptivo, ya heredero,
Sea de tu Hijo el eterno compañero.

“Burlado el hombre, escarnecido un día
Fué por su astuto, pérfido contrario;
Quedó envuelto en calígine sombría
El mismo que el altísimo santuario
Escalar de la ciencia pretendía:
Pues yo, á despecho de ese su adversario,
Haré que esa magnífica promesa
Se vea cumplida en toda su grandeza.

“Descubriré la sima más profunda
De la ciencia eternal á los humanos,
Cuando, ya rota la carnal coyunda,
De su dicha penetren los arcanos;
Esos conatos que el mortal secunda
En pos de la verdad, no serán vanos;
Yo haré que él se transforme en lumbre viva,
Y del saber la plenitud reciba.

“Tú exiges que esa víctima tan pura
Que ha de borrar del crimen las señales,
Vaya á enlazarse á una inferior natura,
Y allí esconda sus rayos celestiales:
Pues yo escogí la racional creatura,
Son mi amor, mis delicias los mortales;
Al hombre quiero íntimamente unirme,
Y con él para siempre confundirme.

“Yo, penetrando en la natura humana,
En ella anonadado enteramente,
Esconderé mi forma soberana
Y la divina aureola de mi frente:
Mas ella en cambio, espléndida y ufana,
Medrando con vigor indeficiente,
Subirá sobre el sol y las estrellas,
Y doquier dejará fúlgidas huellas.

“Quede yo desde entonces constituido
En Pontífice eterno y medianero;
Y el hombre, á mi contacto ya encendido,
Sea de la eterna luz el reverbero:
Pues él se halla en el centro suspendido
De la creación, del Universo entero;
Y reformando en él toda creatura,
Surgirá á nueva vida la natura”

Habló el Verbo divino; despedía
Vivísimos destellos su mirada,
Y, por el grande amor que en Él ardía,
Era toda su faz ascua inflamada,
Y al gran Monarca con ardor pedía
Esa noble misión, tan suspirada
De redimir al mundo delincuente;
Respondióle el gran Padre Omniponte:

“¡Hijo agosto, en quien todas he tenido
Mis eternas delicias inefables!
Ya que en el hombre frágil has vertido
Tus caudales de amor inagotables,
Y á lástima tan grande te han movido
De Adán los descendientes miserables;
Tú seas su *Redentor*, sean por tí mismo
Arrancados del fondo del abismo.

“Tú seas el vengador del ser humano,
El que ha de restituirlo á su nobleza:
Mas oye mi decreto soberano.
Sentirás de mis iras la crudeza,
El peso abrumador de mi gran mano
Al arrostrar tan ponderosa empresa;
Entre inmensos tormentos y dolores
Lucharás con mi saña y mis furores.

“Al cubrirte la lútea vestidura,
El barro vil, la criminal librea,
Apurarás un cáliz de amargura
Que hasta los bordes espumoso ondea,
Nunca gustado por mortal creatura:
En un rincón obscuro de Judea
Pasarás luengos años ignorado,
Y con el mismo vulgo nivelado.

“Del dolor arrollándote el torrente,
Te ha de arrastrar al piélago profundo,
Nunca sondeable, de tu amor ingente:
Pero yo entonces, rígido, iracundo,
Desatando mi saña omnipotente;
Haré hervir un oleaje furibundo
En ese amargo océano, que entre brumas
Se agitará, rompiéndose en espumas.

“Bramará más y más enfurecido,
Aguijaré yo mismo su braveza;
Y del trueno entre el hórrido rugido,
Entre tiniebla impenetrable, espesa,
Un rayo, de mi diestra desprendido,
Irá fiero á chocar con tu cabeza,
Y hará estallar la efímera barquilla,
Que te dió abrigo en su mortal arcilla.

“Y tú, náufrago ya, desamparado
Aun de tu mismo Padre, que inflexible
Te cerrará su pecho, tan deseado;
Te hundirás, de su cólera terrible
En el profundo abismo derribado;
Caerás bajo el poder irresistible
De la muerte feroz, que jactanciosa
Te extenderá su garra poderosa.

“Un enorme madero, áspero, rudo,
Veo todo de tu sangre ya inundarse,
Y en el suplicio más infame y crudo
Tu adolorido cuerpo desmembrarse.
El orbe te verá, de espanto mudo,
Y de tu sangre aún no podrá hartarse
El hórrido sayón, que en tu agonía
Te insultará con pertinaz porfía.

“De ese tu amor inmenso, de esa hoguera
Esparcirás la abrasadora llama
Capaz de consumir la vasta esfera:
Mas verás que insensible aun no te ama
La estirpe en que tu sangre se embebiera;
Verás que ciega, á la creatura aclama:
Muchos con mente y corazón avieso
Pagarán de tu amor el grande exceso;

“Y aun otros osarán escarnecerte
El trasunto al oír de tus amores,
Y pérfidos de nuevo suspenderte
En el suplicio cruel de tus dolores,
Y en nuevas ignominias envolverte;
Otros, de noche espesa en los horrores
Vivirán sepultados, y á su oído,
Ni aun de tu nombre llegará el sonido.”

Resonaron con lúgubre cadencia
Estas voces del Padre Omnipotente;
Mas, de su amor siguiendo la vehemencia,
Habló el amante Verbo nuevamente
Del Padre Sempiterno en la presencia:
“Nada ¡oh! Padre me arredra; firmemente
A costa de suplicios inauditos
La vida quiero dar á los prescitos.

“Sé que la herencia del mortal mezquino
La mía será también, amarga tanto,
Y como él, desterrado, peregrino,
En el torrente beberé del llanto;
Nada de esto se opone á mi camino:
Del dolor el estigma y del quebranto
Será un sensible vínculo inviolable
Que más me estreche al hombre miserable.

“Me cubrirá la misma vestidura
Del lánguido mortal, rota y ajada;
Su misma asumiré frágil natura
Que podrá por su mano ser palpada:
Y atónito él entónces, con ternura
(Al ver en mí su imagen fiel grabada),
Me llamará su hermano y semejante,
Su fiel amigo y compasivo amante.

“Ya ansío por recorrer ese sendero
De agujones y espinas erizado,
El mismo que al humano pasajero
Las plantas sin piedad ha lacerado;
Esas espinas despuntar yo quiero,
Aunque todo me dejen desangrado;
El dolor en mí ensaye su inclemencia,
Y alivie yo del hombre la dolencia.

“Yo como su adalid, iré delante
Valor para infundirle y ardimiento,
Y pueda él afrontar, siempre constante,
Su terrible adversario, *el sufrimiento*,
Y aun llamarlo su amigo y fiel amante,
Y en él hallar sus goces y contento:
Esta sea la corona más valiosa
Con que él ciña su frente victoriosa.

“La misma muerte, armada de terrores,
Será ya por el hombre escarnecida;
En vano de amenazas y furores
Se rodeará la indómita homicida:
Yo embotaré sus dardos matadores,
Toda yo apuraré su hiel temida,
Para que él pueda á tan adusto ceño
Al fin rendirse como á un dulce sueño.